

**DOMINGO DE PENTECOSTÉS (B)**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**31 de mayo de 2009**  
**Gal 5, 16-25**

Llegamos hoy, hermanos y hermanas, en la plenitud de la Pascua. La muerte y la resurrección de Jesucristo, que celebrábamos hace cincuenta días, traen como fruto el don del Espíritu Santo que en el primer Pentecostés cristiano transformó a los discípulos y que da vida a la Iglesia también en nuestros días.

En la alegría de esta celebración, dejemos que sea la palabra del apóstol san Pablo, del que conmemoramos este año el bimilenario de su nacimiento, la que nos ayude a penetrar en algunos aspectos de esta Pascua granada. También la enseñanza del Apóstol es un instrumento del Espíritu para guiarnos hacia el conocimiento de la verdad entera, de que nos hablaba el evangelio de hoy (Jn 16, 13).

Efectivamente, en la segunda lectura, hemos leído un fragmento de la carta a los Gálatas, en el que San Pablo habla de cómo el *Espíritu Santo* y *los impulsos terrenales luchan* entre sí. Es un tema muy importante y muy actual porque hace referencia a cómo el Espíritu nos libera y nos ayuda a vivir la libertad frente a tantos reclamos que nos quieren cautivar. Los bautizados hemos sido liberados por el misterio pascual de Jesucristo, pero tenemos que ir actualizando y trabajando cada día esta libertad. Ser libre de todo tipo de esclavitud es un arte, porque encontramos dentro de nosotros otra tendencia que nos impulsa a satisfacer nuestro egoísmo, y por tanto, a convertirnos en esclavos. San Pablo hablaba de no hacernos esclavos de los *impulsos terrenales*.

La lista que da se puede reducir a cuatro *impulsos* fundamentales: *la fornicación*, que pervierte el amor humano, *la idolatría* y la hechicería (o *los maleficios*), que pervierten el culto a Dios; los *partidismos* y los *sectarismos* que pervierten la convivencia, y *las borracheras* y *las orgías* con la falta de autocontrol que comportan y que degradan la persona. Nada de esto es según el Espíritu Santo. Todos estos *impulsos* desvían la persona humana de la vocación que Dios le ha dado al llamarla a la existencia. Y todos están presentes en nuestro mundo de hoy: las infidelidades y las rupturas familiares fruto del egoísmo, la idolatría del dinero, del poder, del cuerpo, del sexo; los enfrentamientos, la violencia, la guerra, la falta de reconciliación; el alcoholismo, la droga, la marginación, etc. Entre otras cosas, conllevan la deshumanización de la sexualidad, la frivolidad a la hora de tratar con criterios ideológicos cuestiones tan serias como el aborto, el afán desmedido de hacer dinero como respuesta al afán de consumismo que han llevado a la crisis económica tan grave que padecemos.; etc. No pretendo hacer un cuadro exhaustivo, pero sí me parece bueno hacer entender la actualidad de esta enseñanza del Apóstol.

*El Espíritu Santo* y *los impulsos terrenales luchan* entre sí. Por eso san Pablo nos enseña a descubrir cómo alcanzar la libertad plena. Esta libertad - viene a decir - es imposible de alcanzar solamente con las fuerzas humanas, aunque la deseemos vivamente. Porque el ser humano no puede liberarse por sí solo de su realidad débil e inclinada al mal y, por ello, pecadora. Dios Padre, sin embargo, no lo abandona en esta situación; por medio de la pascua de Jesucristo y del don del Espíritu ofrece el camino para salir. Los cristianos lo sabemos: el camino hacia la libertad consiste en dejarse llevar por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado con profusión. Él, presente en nuestro interior, nos inspira a actuar desde el amor sin ceder a los impulsos negativos y egoístas de las pasiones humanas. De esta manera podemos vivir la

libertad que el Evangelio, interiorizado por la gracia de Cristo y del Espíritu, suscita en nuestro corazón.

Efectivamente, en la segunda lectura, San Pablo contrapone a *las obras de la carne o impulsos terrenales, los frutos del Espíritu*. Fundamentalmente podríamos hablar del fruto del Espíritu porque en cierto sentido es único. Es el *amor*. Los otros que enumera el Apóstol hacen todos referencia a él. *El gozo y la paz* son precisamente los signos de vivir en el amor y esta vida en el amor a su vez se manifiesta por medio de *la paciencia, de la bondad y de la fidelidad*. Y, finalmente, *la mansedumbre y la sobriedad* son las condiciones para que ese amor nazca y se expanda en el interior del creyente. Todo por obra del Espíritu.

*El Espíritu Santo y los impulsos terrenales luchan* entre sí. Es la lucha interior del creyente hacia la plena libertad espiritual. Una lucha que no lleva a cabo solo. La hace ayudado por la fuerza del Espíritu que nos une a Cristo crucificado y victorioso de la muerte y del pecado. Porque la libertad cristiana es un proceso de liberación interior hacia el amor perfecto. San Pablo lo decía en términos de *crucificar la carne con sus pasiones y sus deseos*. No nos debemos sorprender, pues, de encontrar dificultades en lo más íntimo de nosotros mismos, allí donde nacen nuestro querer y nuestras opciones. Ni nos debemos sorprender de encontrarlas, las dificultades, en el clima social que nos rodea, y que a menudo nos propone *satisfacer los impulsos terrenales* de las pasiones, y que después dejan en el vacío más profundo. Afrontar estas dificultades, que a veces son auténticas tentaciones, forma parte del combate de la fe, del combate por la fidelidad. Forma parte de nuestra identificación con Jesucristo clavado en la cruz y vencedor del mal.

Quienes hemos sido incorporados a él por los sacramentos pascales, hemos experimentado ya que *el Espíritu nos da la vida*. En este Pentecostés, pues, por la gracia de esta Eucaristía, renovemos la decisión de dejarnos *guiar por el Espíritu*. Así crecerán en nosotros *el amor, la alegría, la paz*, la libertad. Así contribuiremos a transfigurar el mundo.